

El secreto del hombre muerto

Joan Manuel Gisbert



loqueneo



www.loqueleo.santillana.com

© 1997, JOAN MANUEL GISBERT
© 2003, 2006, 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4373-9
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: FRANCISCO SOLÉ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Gisbert, Joan Manuel

El secreto del hombre muerto / Joan Manuel Gisbert ; ilustrado por Francisco Solé. - 1a ed.
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

144 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4373-9

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Solé, Francisco , ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

El secreto del hombre muerto

Joan Manuel Gisbert

Ilustraciones de Francisco Solé

loqueleog

I

Lejos de aquí podrás abrirte camino

Perdido en aquella ciudad llena de canales, Luca se mordía los labios para no llorar. No quería que lo vieran con los ojos enrojecidos por el llanto.

Venciendo la timidez, la vergüenza y la tristeza, había llamado a muchas puertas. Se ofrecía como ayudante de criado, para cualquier trabajo doméstico, a cambio de techo y comida.

Le había costado mucho decidirse a llamar la primera vez a una casa. La segunda se le hizo un poco menos cuesta arriba. A la tercera, no tuvo que pensárselo tanto, y así, a lo largo del día, se fue acostumbrando.

Pero no había recibido más que negativas y desprecios. En muchos casos, al verle por las rejillas de las puertas, ni siquiera se molestaban en abrir. Otras veces, entreabrían un ventanuco para decirle de mal modo que se fuera.

En alguna ocasión, para burlarse de él, abrían la puerta para mirarlo de arriba abajo y hacerle enrevesadas preguntas sobre el lustrado de los cueros o el abrillantado de la plata. Luca sólo sabía responder

que estaba dispuesto a aprenderlo todo. No le servía de nada. Le decían que se marchara y que no volviera a molestarlos.

Pero lo peor de todo era la causa que lo había llevado a aquella situación, para él tan triste y lamentable.

Su padre era un hombre ya mayor y muy débil de carácter. Unos años después de la muerte de su madre, se había vuelto a casar con una mujer bastante más joven que él, que tenía tres hijas. Esa unión supuso la caída en desgracia de Luca. Ágata, la nueva esposa, pasó a ejercer un dominio total sobre el padre del muchacho, y la suerte de éste quedó echada. Antes de transcurrido un año, justo cuando Luca iba a cumplir los trece, Ágata le dijo una noche:

—En casa no hay pan para tantos. Eres varón y mayor que mis hijas. Lejos de aquí podrás abrirte camino. Será lo mejor para todos y un modo de aliviar la situación.

Luca comprendió que aquello era una sentencia y que a su padre le faltaría energía y autoridad para oponerse a ella.

No era verdad que en casa no hubiese alimento suficiente para todos. El problema era otro. Ágata quería alejarlo para adueñarse aún más de la situación y favorecer sin trabas a sus hijas.

La calculadora mujer lo tenía todo previsto: Luca iría a la gran ciudad de los canales a ganarse el sustento por sí mismo. Ella lo acompañaría.

Al llegar los dos aquella mañana y ver la abundancia de hermosas mansiones, Ágata le había dicho:

—Aquí hay muchas casas y palazzos. Seguro que en alguno puede haber trabajo para ti. Lo único que tienes que hacer es encontrarlo. No te será difícil si insistes hasta dar con él.

Luca miraba a su alrededor y se sentía totalmente desorientado. La ciudad le parecía un complicado laberinto de callejuelas y canales en el que iba a extraviarse sin remedio.

—Volveré dentro de dos semanas —dijo Ágata—. Nos encontraremos en esta misma plaza. Entonces me dirás cómo te ha ido y en qué mansión estás. Y yo se lo contaré a tu padre.

Quince días le parecía a Luca un plazo muy largo, más que suficiente para que le ocurrieran toda clase de calamidades.

Ante el silencio y la cabeza baja del muchacho, Ágata argumentó con falsedad:

—Sé que ahora me detestas, pero un día me lo agradecerás. Bien, tengo que irme. ¿Te acordarás de acudir aquí, dentro de dos semanas, a la hora del mediodía?

Luca asintió de manera mecánica. Ni siquiera estaba seguro de que ella fuese a volver como decía.

Ágata se inclinó y le acercó su cara huesuda para darle un frío beso de despedida.

Ya oscurecía, y sin embargo Luca continuaba llamando a las puertas como si una maldición lo

obligara a seguir haciéndolo sin cesar hasta el fin de su vida.

Las negativas y desaires lo tenían martirizado, pero pensaba que si se dejaba vencer el primer día todo sería aún peor al siguiente.

En una de las puertas a las que llamó cuando ya anochecía, le abrió un hombre maduro. Al oír la cantinela de Luca, lo miró con cierta simpatía y comentó:

—Hace más de treinta años, yo llegué como tú a esta ciudad en busca de trabajo. Hoy día son muchos los que vienen, y no hay para todos. Lo siento, no puedo ofrecerte ocupación. Pero tienes cara de estar desfallecido —dijo el hombre—. Pasa. Algo para reponer fuerzas sí voy a darte.

Después de tantos menosprecios, aquella acogida amable confortó bastante al muchacho. El hombre lo acompañó a una enorme cocina de altos techos y paredes ennegrecidas por el humo, y ordenó a unas criadas que le dieran algo caliente y unas provisiones para llevarse.

Más tarde, cuando Luca ya se iba, el hombre reapareció en el vestíbulo y le dijo:

—Si alguna vez te encuentras en un apuro grave, y no tienes a quién acudir, ven a decírmelo. Esta ciudad resulta a veces peligrosa si no se conocen sus secretos.

II

Creer que el palacio está deshabitado

La caída de la noche sumió otra vez a Luca en el mayor abatimiento. Estaba convencido de que no habría lugar para él en ninguna de las casas de la ciudad. Aunque llamara a todas las puertas, su suerte no iba a cambiar.

Triste y agobiado, caminó en la creciente oscuridad alejándose del gran canal. Miraba en los soportales buscando cobijo para la noche.

—Qué aire tan desamparado tienes —le dijo una mujer en una encrucijada de callejones—. ¿Vas perdido?

Luca se detuvo un poco sobresaltado y miró a su alrededor. La que le había hablado era una mujer madura vestida con sobriedad. El muchacho casi no podía verle los rasgos de la cara.

—¿Buscas algo? —le preguntó ella sin dejar de mirarlo.

Como si recitara una vieja lección, Luca respondió:

—Una casa donde necesiten a alguien para ayudar a los criados.

—Hay muchos en la ciudad que buscan lo mismo. Pero muy pocos lo encuentran.

A Luca se le encendió una débil esperanza:

—¿Sabe usted de alguna donde aceptaran ponerme a prueba?

Ella dejó escapar un suspiro extraño y dijo:

—Yo atiendo a un noble señor sobre el que ha caído la mayor desgracia.

A pesar de lo que acababa de oír, Luca preguntó:

—¿Es rico?

La mujer repuso tristemente:

—Es más pobre que tú y que yo y que todos los pobres que hay en el mundo. No tiene nada. Por no tener, no se tiene ni a sí mismo.

—¿No? —murmuró Luca, sin comprender qué significaba aquello.

—Y eso a pesar de que está en un palacio.

—¿Cuántos criados hay allí?

—Ninguno. Él no necesita a nadie. Allí hay muy poco que hacer. La mayor parte del tiempo se va en horas muertas.

Luca estaba pensando que aquella extraña conversación acabaría como todas las demás, en nada, pero la mujer le dijo:

—Lo único que puedo hacer por ti es ofrecerte refugio esta noche. ¿Tienes dónde dormir?

—No.

—Pues entonces, ven. No me vendrá mal un poco de compañía.

La desconocida echó a andar. Luca no reaccionó enseguida, pero comprendió que si no iba tras ella la perdería muy pronto de vista en la oscuridad de las callejas y luego no podría encontrarla. Aquella mujer le había parecido bastante rara y triste, pero un techo siempre sería mejor que la intemperie o los soportales.

La fue siguiendo de cerca. Ella sólo se volvió una vez para comprobar que el muchacho iba tras sus pasos. Oía sus pisadas sobre las losas mojadas.

Llegaron a un estrecho canal que bordeaba una mansión palaciega de gruesos muros. Las ventanas bajas estaban enrejadas. El edificio se encontraba a oscuras, pero un leve resplandor salía de uno de los ventanales de la primera planta.

Antes de que la mujer se lo dijera, Luca adivinó que allí estaba el hombre del que le había hablado.

Se oyó entonces un chapoteo que venía del extremo del canal, como si una góndola se acercara. La mujer se detuvo y permaneció expectante. Luca aguardó tras ella sin moverse. De pronto, aquel le pareció el lugar más apartado y solitario de la ciudad.

No llegó ninguna embarcación por el canal. Los sonidos en el agua cesaron. La mujer siguió andando, llegó ante una gran puerta, abrió con una llave a la que hizo dar varias vueltas y le dijo a Luca:

—Anda, pasa. Pero sin hacer ruido. El señor no puede ser molestado. Necesita el mayor silencio. No subas para nada a la primera planta.

Estaba todo tan oscuro que no se veía dónde estaba la escalinata que llevaba a las plantas superiores.

—Aquí no hay muebles, pero al fondo hay un montón de sacos. Podrás prepararte un jergón.

Después de la soledad y el silencio, lo que más impresionó a Luca fue el incesante rumor de agua que se oía allí dentro. No le hubiese extrañado descubrir que algunas habitaciones estaban inundadas y que el agua corría por los pasillos como si el interior del edificio formase parte del laberinto de los canales.

La mujer cerró la puerta por dentro dando otra vez varias vueltas a la llave y explicó:

—No quiero que entren mendigos ni vagabundos. Luego me costaría mucho convencerlos para que se fueran. Creen que el palacio está deshabitado, pero no es así.

Luca se preguntó qué estaría haciendo arriba aquel hombre silencioso, solo en el gran edificio, con aquella luz débil que salía por el ventanal. Aunque lo intentó, no fue capaz de imaginarlo.

III

Será una noche larga

Luca se dedicó a escoger a tientas unos cuantos sacos y empezó a prepararse un acomodo. Algunos estaban húmedos, otros olían ligeramente a rancio. Fue desechando los peores.

Durante un rato no supo dónde estaba la mujer. Luego vio una luz que se movía. Ella había encendido una vela. Subía a la primera planta.

A Luca le entraron ganas de seguirla sin que lo notara. Si ella hablaba con el hombre que estaba arriba, quizá pudiera oír lo que decían. Era bastante misterioso todo aquello. Recordó lo que le había dicho la mujer:

«Es más pobre que tú y que yo y que todos los pobres que hay en el mundo. No tiene nada. Por no tener, no se tiene ni a sí mismo.»

A pesar de sus deseos de averiguar quién era aquel hombre, tenía algo de miedo. Para darse ánimos, se dijo:

«A ella no la asusta subir a verlo. Quizá es muy viejo y está enfermo. No tendrá fuerzas para hacer daño a nadie, ni aunque quiera.»

Tras dominar un poco el temor, Luca tuvo una idea esperanzadora:

«Si me ve, sabrá que estoy aquí. A lo mejor me pide que me quede para hacer algunos recados y trabajos.»

A pesar de lo lúgubre que era aquel enorme caserón, la idea de poder estar allí unos días sin verse obligado a seguir yendo de puerta en puerta no le pareció mala del todo.

La mujer ya había subido un buen número de peldaños. Sin pensarlo más, Luca fue tras ella sin hacer ruido, confiando en que la oscuridad lo protegería.

Seguían oyéndose sonidos de agua en movimiento que resonaban por el edificio. La mujer se adentró en un corredor tan ancho que el resplandor de la vela no parecía encontrar paredes a los lados. Por delante de ella se veía una luz débil. La habitación pobremente iluminada donde estaba el hombre tenía las puertas abiertas. Como si esperara permiso para entrar, ella estuvo unos momentos mirando adentro desde el umbral. Después penetró en la estancia.

Luca fue hacia allí por el amplio corredor. Confiaba en oírles hablar. Así averiguaría algo sobre el solitario habitante de la mansión.

Pero lo que oyó fue algo muy distinto. Unos golpes secos sonaron abajo. Alguna persona golpeaba la aldaba de la puerta por la que ellos habían entrado.